

VIERNES SANTO
CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
10 de abril de 2009
Heb 4, 14-16; 5, 7-9

Acerquémonos con seguridad al trono de la gracia. Así nos exhortaba, hermanas y hermanos, la carta a los cristianos hebreos. Después de escuchar la pasión según san Juan, con la majestad real con que nos presenta a Jesús avanzando hacia el suplicio, podemos pensar que el *trono de la gracia* al cual nos tenemos que acercar es la cruz. De hecho, el evangelista invita a verla como un instrumento de exaltación. Y es que la liturgia de hoy nos presenta dos visiones complementarias de la pasión de Jesús, inseparablemente unidas como las dos caras de una moneda. Por un lado, está la soberanía divina de Jesús que da su vida en el momento establecido, en cumplimiento del plan de Dios previsto en su designio de amor (cf. Jn 10, 18), tal como lo veíamos en la narración de la pasión que acabamos de escuchar. Pero, por el otro lado, está el drama humano de sufrimiento y oscuridad vivido por Jesús, que nos ha descrito la carta a los hebreos.

El autor de esta carta enseña que los sufrimientos han hecho que Jesús esté cerca de cada persona que sufre y que podamos acudir a él con toda confianza porque es *capaz de compadecerse de nuestras debilidades* después de haber sido *probado en todo, menos en el pecado*. Y, si estos sufrimientos, aceptados por amor, lo han acercado a las personas, no lo han alejado de Dios, del cual era *Hijo*. Es precisamente esta unión con Dios y esta vinculación con la humanidad las que hacen que pueda ser *autor de salvación eterna*.

Para vivir esta solidaridad con cada persona, no solamente tuvo que afrontar, durante su vida mortal, todas las limitaciones inherentes a la condición humana y todas las dificultades de la existencia, sino que sobre todo tuvo que sufrir la pasión. La carta a los hebreos la describía como una ofrenda suplicante y llena de respeto a la voluntad de Dios, tal como podemos ver en las narraciones evangélicas que hablan de Getsemaní: *Padre, tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres* (Mt 26, 39). Y la carta a los hebreos hablaba de ello en términos de obediencia; se trata de una obediencia de su naturaleza humana al designio divino, por amor a la humanidad. Una obediencia que le supuso el sufrimiento y la plegaria insistente *con gritos y con lágrimas*. Es impresionante meditar esta súplica de Jesús, *el Hijo de Dios, por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo* (He 1, 2), dirigida a Padre ante la muerte que se le acerca. Y fue escuchado a causa de su obediencia reverencial. Pero este ser escuchado, paradójicamente, sólo se convierte en real después de pasar por la muerte. Entonces ocurre una transformación radical. La carta a los filipenses lo ve como una exaltación que comporta la concesión del título de Señor y consiguientemente la adoración y la sumisión del universo, tal como veíamos el domingo de Ramos y todavía hemos cantado hoy antes de la lectura de la pasión (cf. Fil 2, 8-9). En cambio, la carta a los hebreos habla en términos de sacerdocio. Jesús es el *sacerdote* verdadero consagrado en plenitud por el sufrimiento. Y, ¿qué quiere decir que sea *sacerdote*? A partir de la concepción bíblica del sacerdocio, con esta figura la carta a los hebreos nos dice que Jesús ofrece a Dios el sacrificio único de su persona en solidaridad con la humanidad entera para liberarla radicalmente y abrirle las puertas eternas. Y, nos dice todavía, que, después de la muerte en cruz, Jesús ha entrado a la presencia de Dios y participa de su gloria; compartiendo la autoridad divina, nos hace conocer las decisiones de la solicitud amorosa Dios por la humanidad.

Desde que los brazos de Jesús extendidos entre el cielo y la tierra hicieron el signo de la alianza eterna (cf. Plegaria eucarística de Reconciliación I), podemos acercarnos *con seguridad al trono de la gracia de Dios*. Trono que no es tanto la cruz como Jesús mismo. Él, después de haber pasado por el sufrimientos y de ser glorificado en la presencia de Padre, es capaz de compadecerse de nosotros; sabe de nuestras fragilidades y de nuestras angustias, soledad y oscuridad; sabe de nuestras enfermedades y sufrimientos; sabe de todo el dolor de la humanidad; sabe qué es la muerte y qué angustia la puede preceder. Lo sabe porque él lo ha experimentado. Pero también podemos acercarnos con nuestro pecado; él no lo ha experimentado, pero se ha hecho solidario para liberarnos. También eso es impresionante, que nada de lo que es humano, con la debilidad, el error y el mal que puede comportar, queda lejos de la gran intercesión de Jesucristo en la cruz ni de su *gracia* ahora en que es glorificado. Él está dispuesto a concedernos *el auxilio que necesitamos* en el momento oportuno. Tener este *trono de la gracia* tan favorable nos llena de esperanza; porque nos da la certeza de que, así como ahora Jesucristo nos escucha, nos comprende y nos libera, si no lo abandonamos --quién lo podría dejar después de haber conocido su amor crucificado!--, también nos escuchará y nos dará la vida eterna después de nuestra muerte.

Ahora juntaremos nuestra oración a la gran oración sacerdotal de Jesucristo clavado en la cruz e intercederemos en favor de toda la humanidad. Después, veneraremos la santa cruz. Venerándola, adoraremos a Cristo, el *trono de la gracia*. Explica muy bien el porqué el tropario de tradición bizantina que la liturgia romana conserva en el Viernes Santo: "Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos. Por el madero ha venido la alegría al mundo entero ". Sí "la alegría" para todo el mundo porque desde que Jesús, el Salvador del mundo, murió en el árbol de la cruz, toda oscuridad, todo dolor y toda muerte humanos pueden ser transformados en vida para siempre en el Reino.